

Después de puntualizar y ver cuál es la figura que falta, encogiéndose de hombros.

¡Bah, invierno y leña viejal... —si procura calor á alguna pobre criatura, ¡que lo queme, para eso es el diablo!

A CORDALIA, sacudiéndola.

¡Eh, la durmientel ¡hermana!
¡a casa, á casa, brujal... ¡es la mañana!

Empieza á despertar CORDALIA, cuando cae el telón; la mañana está ya espléndida.

TELON

ACTO PRIMERO

Una vieja sala abovedada en el castillo en ruinas de don Lope de Arráez, el morisco. El incendio que lo consumió, va á hacer quince años, dejó únicamente en pie los muros gruesos, cuyas ojivas sin cristales y cuyas quiebras y hendiduras dan paso á toda la desolación del monte yermo. Parecen sitios sobre los que ha pesado una suprema maldición.

Mil patrañas y leyendas se cuentan acerca del sinietro que acabó con el castillo, en tiempos del riquísimo don Lope. La Gaifera, que fué mujer del mal señor, es la única superviviente del desastre. Pericieron en el incendio todos los servidores y familiares del castillo junto con su dueño. La Gaifera, en quien recayó el cuantioso caudal de don Lope, mandó reconstruir un ala del castillo suntuosa y ricamente. Y allí vive; sentando á su mesa á todos los señores del contorno, en orgía, profanas y sacrílegas.

En una de las salas derruidas del castillo, dejando que la reparasen como podían con su pobreza, dió la Gaifera cobijo á Cordalia y su hija, que contará quince años cuando este acto comienza. En otras habitaciones arruinadas del castillo dió también amparo y vivienda á Maste Blas y su hija Escorpina; Mari Sánchez, Quitéria y Centena.

De la destartada sala central, que se representa en la escena y donde antiguamente estuvo el salón de ho-

menaje del castillo, han hecho ahora cocina común los diversos moradores de esta parte. Utilizan como hogar la vieja chimenea, alrededor de la cual hay bancos de madera y algunas viejas piedras donde se sientan y departen.

A la derecha, portalón sobre un corredor en que figuran estar las habitaciones de Maste Blas y Escorpina, Mari Sánchez, Quiteria y Centena. A la izquierda, un hueco de la pared, tapado con un cortinón medio abrasado, deja ver el tabuco donde está la cama de paja y hierbas de Cordalia y de Verbena, su hija. Al fondo, como formando un recuarto bastante capaz, la chimenea transformada en hogar de cocina.

A un lado del fondo, la puerta de ingreso, destartada y sin hojas, que da al monte. Junto al tabuco de Cordalia, arranque de una escalera de piedra que antaño conducía á la torre del homenaje y por donde ahora, en caso necesario, puede comunicar todavía esta parte de las ruinas con el ala reconstruída del castillo, donde habita la Gaífera. Hacia esta parte de la sala desplómose medio techo, y por allí se ven las ruinas de la torre, al aire, y la parte nueva del castillo flamante y blanca.

Al levantarse el telón, está cayendo una tarde estival. En escena MARI SÁNCHEZ, disponiendo en la cocina los trebejos y encendiendo fuego.

MARI SÁNCHEZ

Murmurando entre dientes, como quien recuerda un viejo estribillo, mientras hace:

¡Ve al aire, fuego, que de antaño te abrieron el camino!

Por la lateral derecha, mal trajeada, pero provocativa, vibrante y llena de anhelo, como una llama, aparece la figura pelirroja y agria de ESCORPINA.

ESCORPINA

Mari Sánchez...

MARI SÁNCHEZ

¿Eres tú?

ESCORPINA

¿Llegó mi padre?

MARI SÁNCHEZ

A las vísperas,
como es su oficio, en la Iglesia,
no señaló todavía.
Tardará.

ESCORPINA se dejará caer en un banco desmadejada y como rendida de una lucha larga.

Recorren todo su cuerpo espasmos nerviosos. La vieja, que la examina con el rabillo del ojo, mientras monda unas raíces, que pondrá á cocer en un puchero, acaba por preguntarle:

¿Pasóse el sueño?

ESCORPINA

Para dar en pesadilla.

MARI SÁNCHEZ

Con sorna.

¿Pues qué es ello?

ESCORPINA

Un no sé qué;
pero me gasta la vida.

MARI SÁNCHEZ

¡Mal aire te dal

ESCORPINA

¡Y es fuego!

MARI SÁNCHEZ

¡Echa agua en él!

ESCORPINA

Perdería;
¡más agua que son mis lágrimas
y parece que lo avivan!

MARI SÁNCHEZ

¿Lloras también?

ESCORPINA

A las tardes;
y sin razón.

MARI SÁNCHEZ

¿Será niña?

ESCORPINA

¿Por qué se murió mi madre?...

MARI SÁNCHEZ

Dios quiso de ella...

ESCORPINA

Aquel día
morí por dentro; mi padre
corrió las tafurerías
para olvidar; se hizo amigo
de hechiceras y xorguinas;
jugó, perdió... Le embaucaron
cutres, jiferos, perdidas
hasta que, al cabo, la Dueña
por cuenta que le tendría
cuidar de mí, va á hacer años,
nos amparó en estas ruinas...
¡Malhaya, amén!... Me parece
que por el alma, aquel día,
se me entró el fuego de infierno
que hizo esta torre cenizas.

MARI SÁNCHEZ

¡Pudiera ser!

ESCORPINA

¿Es verdad
que estos despojos, María,
fueron, ha tiempo, un castillo
de lo mejor de Castilla?

MARI SÁNCHEZ

Lo fueron, hija, y "La Torre
del Morisco" le decían:
por esa torre que ves,
ayuso de la colina.

ESCORPINA

¿Hará años de esto?

MARI SÁNCHEZ

Quince años.

ESCORPINA

¿No más?... ¿es posible?...

MARI SÁNCHEZ

Día
por día, y noche por noche,
para Febrero cumplían.

ESCORPINA

¿Pues cómo, en tan poco tiempo,
tal muerte?

MARI SÁNCHEZ

El fuego hace aprisa.

ESCORPINA

¿Luego es verdad que incendiaron
el castillo?

MARI SÁNCHEZ

Es verdad, hija.

ESCORPINA

¿Quién?

MARI SÁNCHEZ

No te cuento.—La Dueña
si nos sorprende, podría
quejarse; no deja hablar
de aquella noche, en las ruinas.

ESCORPINA

¿Qué tiene Doña Gaifera
que ver, con lo que me digas?...

MARI SÁNCHEZ

Algo, tal vez.

ESCORPINA

Y aun si es mucho:
dilo quedo.

MARI SÁNCHEZ

Pues vigila,
no ande cerca...

ESCORPINA se llega al portelón desde donde, haciendo arco con las manos para protegerse del sol poniente, dice:

ESCORPINA

Va su paso
de alhalí la montería
cerca del río; dos horas
tardan en volver...

Acercándose otra vez á la vieja y
con curiosidad.

Explica.

MARI SÁNCHEZ

Trayendo para primer término un
taburete, en que se sienta, y dando
una ruela á ESCORPINA.

Toma el fuso.

ESCORPINA

Tú el ovillo.

MARI SÁNCHEZ

Y oye y calla.

ESCORPINA

Ella hable y diga.

MARI SÁNCHEZ

Da á los dedos.

ESCORPINA

Tu, á la lengua.

MARI SÁNCHEZ

Va de cuento.

ESCORPINA

¡Venga, aprisal

MARI SÁNCHEZ

Fué don Lope de Arráez un morisco
logrero, audaz, de los de presa en mano,
y su castillo asombro de Agrellano
y de todo el contorno, en este risco.

Tuvo mujer, que le adoró; más era
tan de suyo rijoso el renegado,
que, acabada la fruta en su cercado,
la de media sazón buscaba afuera.

Finalmente, una tarde el caballero,
tropezando al azar una mendiga
moza y gentil, la motejó de amiga
y la ultrajó, villano, en el sendero.

Con esto, herida, se tornó al aprisco
la oveja y madre fué, para su pena;
corto aquí la ilación y entra en escena
la mujer del morisco.

Puesta de toca y manto que le daban
traza de vieja, el báculo en la mano
y hecha corva, á escuchar lo que contaban,
fué al corro de comadres de Agrellano.

Calló, esperó, dijeron, oyó, supo:
y todavía, porque no se diga,
le habló, hallándola al paso, á la mendiga;
con que duda del lance no le cupo.

Ya entiendes el final... Desesperada
del bajo engaño y de su mala estrella,
volvió á sus cerros; encendió, en el cisco
de este hogar, una tea; hizo abrasada
ruina la Torre y escupió, sobre ella,
¡al carbón del cadáver del morisco!

Calla, y ESCORPINA, defraudada,
pregunta:

ESCORPINA

¿Nada más?

MARI SÁNCHEZ

¿Pues quieres más?

ESCORPINA

Saber nombres.

MARI SÁNCHEZ

¡Los dirías!...

ESCORPINA

Va mi palabra.

MARI SÁNCHEZ

Oye nombres.

Cordalia fué la mendiga
forzada; entre estos escombros,
como nosotras, habita;

y la que juega contigo,
su hija Verbena...

ESCORPINA

¿Es la hija
del morisco?

MARI SÁNCHEZ

Así es. Del corro
de comadres, fui yo misma
con la Quiteria y Centena
que aquí tenemos vecinas;
lugar del corro, las gradas,
delante de la capilla
de la iglesia, en que al Retablo
de San Miguel, dicen misa;
hora, la primera luego
que terminaban las vísperas,
y tu padre, Maste Blas,
sacristán de la capilla.

ESCORPINA

Falta un nombre.

MARI SÁNCHEZ

¿He de nombrarla?

ESCORPINA

No es preciso.

MARI SÁNCHEZ

La decían,
por entonces, la Gaifera;
daba horror, no se me olvida
su cara, en el claustro, cuando
juró que se vengaría.
Nunca sospechó las causas
del incendio la justicia;
se dieron pasos; pero ella
con los pocos que podían
ir con el soplo, fué buena;
nos dió casa en estas ruinas;
para vivir, á las más,
nos enseñó hechicería,
á Mari Verbena trovas
y á Cordalia melecina.
Pagó á Maste Blas sus deudas;
te trujo á ti de una arquilla
que sacó de los escombros,
dos anillos, esta cinta
con flecos y tu collar

de ámbar y de malaquita.
 Con esto, callamos todos
 — que mucho en callar nos iba—;
 y Ella, entonces, con la hacienda
 que del mundo le venía,
 buena parte del Castillo
 reconstruyó en la colina...

Señalando por el boquete del techal
 caído.

—Véla, allá... Mármol de Italia
 tiene en zócalo y cornisas;
 pero esta escala, en escombros,
 conduce hasta ella, Escorpina;
 la flor es ella; raíces
 de la flor, estas cenizas...
 Doña Gaífera la llaman
 las gentes, viéndola rica;
 todas nosotras, la Dueña;
 todos los nobles, su amiga.
 Y esta es la historia.

Grave y con aire de adivinación, co-
 mo uniendo los trozos sueltos de una
 conseja que finalmente puede reconsti-
 tuir.

ESCORPINA

No. Queda

más.

MARI SÁNCHEZ

Temerosa.

Nada queda, Escorpina.

ESCORPINA

¡Lo mejor!

MARI SÁNCHEZ

¿Qué dices?

ESCORPINA

¡Falta
 decir de qué leña, astillas
 para incendiar estas torres,
 hizo la Dueña aquel día!...

MARI SÁNCHEZ

Alarmada.

¡Cállalo, si es que lo sabes!...
 —¡No; no lo sabes!

ESCORPINA

Olvidas
que mi padre, Maste Blas,
para mala suerte mía,
era ayer y sigue siendo
sacristán de la capilla.
Sé que faltó, en el retablo,
cierta imagen...

MARI SÁNCHEZ

¡Calla!

ESCORPINA

¡Ardían
sobrado bien estos muros,
si no era leña maldita!...
¡Sí!... De la imagen robada,
hendió vetas, hizo astillas
¡y son del Diablo, debajo
de mis pies, estas cenizas!

MARI SÁNCHEZ

¡Calla!

ESCORPINA

Y si estamos viviendo,
Mari Sánchez, en las mismas
entrañas de un pacto, si
de las llamas que encendían
estas paredes, yo siento
dentro de mí las caricias,
si parece que aún refleja
la roja maraña viva
de mis greñas aquel fuego,
¿por qué á apartarme me obligan
de vuestras juntas?

MARI SÁNCHEZ

¿Qué juntas?

ESCORPINA

Os oigo, os veo... Hace días
que estoy al acecho. Cuando
duermen Cordalia y su hija,
y está esta cámara sola
y arde el hogar y amarillas
lenguas de fuego lo encienden
y hacéis círculos de enigmas,
yo os veo... ¿Es el pacto? ¡Quiero
que al pacto se me reciba!...
Quiero este azufre quemante

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1919. 1625 MONTERREY, MEXICO

que por mis huesos chirria,
prender en alguien; el ansia
de esta imposible caricia
que me está matando, quiero
satisfacer...

MARI SÁNCHEZ

¡Escorpinal!

ESCORPINA

¡Mari Sánchez, seré noble,
seré grande, seré rica!
Tendré á mano las venganzas,
castillos en las colinas,
amor de hombres, sol de joyas,
lecho de oro, una sonrisa
de lisonja en cada boca
y un juguete en cada vida:
¡llevaré anillo en el dedo
como Cordalia!...

MARI SÁNCHEZ

¡Escorpinal
¿Qué es lo que hablas?

ESCORPINA

¡Quiero el pacto!

MARI SÁNCHEZ

Poniéndose en pie, como quien pre-
tende cortar la conversación.

Bien, deja.

ESCORPINA

Esta noche misma.
O como tengo en mis manos
los secretos de estas ruinas
y aun hoy le quedan oídos,
para el soplo, á la justicia,
¡temblad, no se alcen hogueras
del rescoldo de aquel día!

Se dirige á la puerta del fondo mien-
tras la vieja, crispando las manos, la
apostrofa:

MARI SÁNCHEZ

¡Muérdete la lengua!

ESCORPINA

Rápidamente, volviendo el rostro á
la vieja:

¡Viene!

MARI SÁNCHEZ

¿Quién?

ESCORPINA

Con sonrisa perversa.

La Cordalia...

Entra CORDALIA; ESCORPINA, con
sarcasmo, la interroga:

CORDALIA

Escorpina.

ESCORPINA

¿Qué cuentas?

CORDALIA

Un día más,
y otra esperanza perdida.

MARI SÁNCHEZ se acerca al hogar,
donde remueve otra vez rescoldo y
pucheros.

ESCORPINA

Cordalia, mirando el cielo
mientras la senda venías,
pensé si el rubí que llevas,
vuelto en tu mano estaría
para las nubes, porque ellas
sangre de rubíes pintan.

Cordalia instintivamente mira en su
diestra su anillo, cuyo rubí oculta
siempre y lleva ahora bajo el dedo.
ESCORPINA sonríe; CORDALIA, con gra-
ve serenidad, responde:

CORDALIA

Desde la primera noche
que está en mi mano, Escorpina,
no es piedra; es gota de sangre
que se cuajó en una herida;
quince años van, y está abierta;
con que haces mal si lo envidias.

Se llega á su tabuco, descorre el cortinón, deja sobre el lecho las yerbas, y pregunta:

¿Y Verbena?

MARI SÁNCHEZ

Está en la torre.

CORDALIA

Recordando.

Cierto. La he visto, que hacía su tala en los matorrales, y me lo ha dicho ella misma.

Se paró á escuchar en el boquete de la escalerilla, y añade:

Volverá pronto.

Sigue otra vez hacia el hogar junto al cual se sienta, las manos sobre las rodillas, la mirada en el suelo, dolorosa. Escorpina, que la estuvo observando, acaba por acercarse á ella deslizándose un poco, pegada al muro hacia su espalda, para hablarle casi al oído, con algo de serpentino en ella.

ESCORPINA

Esta noche pensamos de hacer vigilia junto al hogar; Mari Sánchez escobará las cenizas.

MARI SÁNCHEZ

¿Qué tramas?

ESCORPINA

Tal caballero de verde manto, encendidas espuelas de oro y espada con llamas de pedrerías, que no ha pisado estas sendas, hace quince años, ni un día, ronda á veces, tales noches, por las quiebras de las ruinas... ¿Vendrás?... En tu mano hay luces que le servirán de guía; yo me pondré mi collar de ámbar y de malaquita; si piedras quebrantan piedras, tal vez que no se resista su corazón...

El rostro de CORDALIA, que crispa un supremo dolor, se fija entre airado y compasivo en la cara encendida de la moza.

CORDALIA

¡Sí, que tienes
la peor de las heridas!

Y en seguida, á una y otra, cordial y grave, con tanta emoción como dolor, les dice:

¿Me queréis escuchar? porque esta hora tal vez no se renueve en muchos días. y el tiempo está para hablar de El, ahora que tú casi, al pintarle, le veías. No te engañas; también pasé la linde como tú; tengo el alma prisionera; una desgana sin razón me rinde por donde vaya y soy carne de hoguera. Pero si cala Dios los corazones, le doy yo el mío, á pecho descubierto, y yo misma le muestro sus renglones, de par en par, para que lea, abierto... De niña, ante el retablo todavía, cuando al azar de una plegaria daba con su negra figura, ya sentía piedad del desdichado que no amaba. Creí... sabéis mi historia... hubo un momento en que puesta á morir, falta mi mano

de apoyo y la hija mía de sustento, sola me vi, con El, en Agrellano; y un sueño de El ó El mismo ó su apariencia —que no le he visto más en esta vida—, me hizo un bien, le dí el alma. En mi conciencia si fué pecar, pequé de agradecida. Pero le amaba, sí...

MARI SÁNCHEZ

Horrorizada.

¡Cállate!

ESCORPINA

Impaciente, á MARI SÁNCHEZ.

¡Espera!

MARI SÁNCHEZ

Poniéndose en pie y dirigiéndose á la puerta.

¡Pueden pasar y oirla, que es de día!

CORDALIA

¡Le amaba, deja estar, lo gritaría
 desde las mismas llamas de una hoguera!...
 Salvarle quise yo, moverle guerra
 de amor; traerle blando á mi gobierno,
 volverle á Dios ¿ó por qué está la tierra
 puesta entre el paraíso y el infierno?
 Con nuestras tentaciones le llevamos
 dentro del alma, á par con él vivimos
 y cada tentación de que triunfamos
 es una parte de El que redimimos;
 ¿pues no podía yo salvarle entero,
 si entero me tentaba? ¿No podía?..
 Tal vez no; que le aguardo en el sendero
 y en tantos años no ha pasado un día...

*Queda sin palabras, oyendo su voz,
 gesticulando todavía y como si con su
 propia alma continuara hablando.*

ESCORPINA

Apartándose de ella, desafiada.

¡Mal empleado anillo en esa mano!
 ¿Pues no ves que El te deja abandonada?
 ¡se ha de vengar un día!

MARI SÁNCHEZ

*También puesta en pie y moviendo
 la cabeza.*

¡En Agrellano,
 no hay alma más de Dios que esta endiablada!

VERBENA

*Su voz muy argentina, desde muy
 lejos, arrastrando el grito.*

¡Madre!

CORDALIA

*Como volviendo á la vida al oír su
 voz, y con grande instancia.*

¡Callad, ahora!... No le miento
 de esto jamás á mi gacela herida;
 estas cosas me son el sufrimiento,
 y ella las alegrías de mi vida.
 Soy como encina puesta á la tormenta
 que abro bien el ramaje, si revienta
 de agua y rayos el cielo;
 porque ella es como un lirio pequeñuelo;
 yo estoy á parar lluvias, á embeberlas;
 y ella á mis pies, guardándose en mi ruina,
 á no mojarse, á sacudir la encina
 y á recibir las gotas, como perlas.

VERBENA

Entrando por la escalerilla.

¡Madre!

CORDALIA

Corriendo á su encuentro.

¡Verbena, aquí, ¿dónde has estado?

VERBENA

La Dueña me ha llamado;
me dijo: "Corre, ven, Mari Verbena,
tú que eres linda"...—Bien y otros primores
de cortesía; y me mandó, con flores,
adornarle el estrado de la cena.

CORDALIA

¡Gentil mandadol

VERBENA

Y bien mandada he sido;
que en tres horas no más que habrán corrido,
aunque es grande el estrado,
ya le tengo florido y perfumado;
violetas moradas, clematitas
azules, cinerarias,
verbenas, amapolas, margaritas,
montones de jazmines, pasionarias,
y cubriendo el dosel de la señora,
ramajes de alboespino y zarzamora.

CORDALIA

Sonriendo.

¿Y nada más?

VERBENA

¡Y rosas! que he dejado
en solo un sitio y me quedó extremado.

CORDALIA

¿Pues dónde las cogiste?

VERBENA

Cada día
cojo lo menos dos, señora mía.

CORDALIA

¿En el soto? ¿En el prado?

VERBENA

¡Es mi secreto!

CORDALIA

¡Pues yo te haré cantar: tengo amuleto!

VERBENA

¡No; por mi vida!

ESCORPINA

Y en estar que ha estado
bien dispuesto el estrado,
¿fué echarte de él, las gracias que te dieron?

VERBENA

No, por cierto. Un criado
con orden de la Dueña que trujeron,
asió de esta Verbena,
la llevó paso á paso á su oficina,
me trataron muy bien de la cocina
y hoy tenemos testín, ¡traigo la cena!

Abre unos paños blancos; la rodean
y van picando desde este momento,
sentados al suelo junto al hogar, á la
redonda.

BLAS

Ebrio, sin poder moverse apenas,
malhumorado y sucio, aparece á la
puerta y grita á su hija:

¿Ya estás á murmurar, mala xorguina?

ESCORPINA

Yendo á él.

Padre...

MARI SÁNCHEZ

A CORDALIA, señalándole.

Cató del Yepes.

BLAS

A su hija, que la oye atemorizada.

¡He mandado
que no me dejes el desván!

ESCORPINA

Verbena
trae cena del castillo, y me ha llamado.

BLAS

Yo ya cené esta noche.

ESCORPINA

Animándose.

¿De manera
que ha habido convidada?
¡Me apesta el vino al de la malcarada
Cristobalona Gil, la hospitalera!

BLAS

Con prosopopeya.

¡Eh, para el carro aquí! Fuera que es bruja
y que andan faltos siempre en su persona,
de agua la cara y el mantón de abuja
y que bailó en sus tiempos la chacona;
ella es cristiana en lo demás, tan fina
que, como pueda ser, bautiza el vino
y echa aceite de iglesia en la cocina.

Pasa por delante del hogar y saluda
con un gesto vago.

MARI SÁNCHEZ

Contestando.

Buenas noches, vecino.

BLAS

A su hija.

¡La verdad es verdad!

A MARI SÁNCHEZ.

Adiós, vecina.

Otra vez á su hija.

¡Adentro!

ESCORPINA

¡Es prontol... Mari Sánchez, ¿vienes?

MARI SÁNCHEZ

A CORDALIA, levantándose.

Iré, que olió la pobre, zurrubanda.

BLAS

Di, Escorpina, ¿qué sábanas de Holanda
preparadas me tienes?

ESCORPINA

Pellejas son y gracias.

BLAS

¡Disparate!
¿Pues aún no somos ricos? ¿No decías
ayer que harías y acontecerías?...

Amenazándola.

¡Pasa y pídele á Dios que no te mate:
pasa pronto!

ESCORPINA

Compungida, trisísima.

En seguida.

A MARI SÁNCHEZ.

Te espero; ya tu ves; esta no es vida.

Hacen mutis por la lateral derecha los tres. VERBENA, cuando iban á salir, se acercó á la puerta del fondo y se quedó apoyada en una de sus jambas, contemplando el cielo de crepúsculo, que serenamente va cerrando. CORDALIA prendió un candil en la cocina; se dirigió al tabuco, encendió allí otro.

Deja el cortinón descorrido y muelle y dispone su lecho misérrimo de pajas y hierbas. Hay un breve silencio.

CORDALIA

¿Nos recogemos ya?

VERBENA

Sin ganas y con mimo.

¡Madre!

CORDALIA

¿Qué tienes?

VERBENA

Me da pena dormirme.

CORDALIA

¿Qué te pasa?

VERBENA

Ahora entraban las gentes en la casa
¡y hace tan bien verlas entrar! ¿No vienes?